



WASHINGTON

STOS ferrocarriles del Alto Este, son ferrocarriles de salón; dobles, triples, cuádruples; vías lujosamente instaladas, barridas, bruñidas, acicaladas, como las avenidas de un jardín rico; los wagones soberbios de confort, con muebles, cortinas, cojines y asientos suntuosos, sultánicos, se deslizan casi sin trepidación ni ondulaciones por entre ciudades abigarradas que se tocan y se espían mutuamente desde lo alto de sus torres-casas de quince pisos, especie de ciudades-anuncios, coronadas por letreros, rótulos y enseñas, y empenachadas de inmensos plumeros pardos de humo de hulla. Hay paréntesis deliciosos; bosques que el otoño convierte en selvas de coral y oro, formados de árboles de comedia de mágia que parecen flores por cuyas venas corriera sangre en vez de savia; ríos amplios y profundos que lamen isletas de vegetación en agonía, y van al mar próximo cargados de buques de todos los tamaños y de todos los colores.

Una hora larga después de haber pasado á orillas de la gran mancha escarlatina de Baltimore, paramos en una estación chaparra, fea, sin majestad, sin esa majestad que da lo enorme

y que es propia de estas arquitecturas yankees; estábamos en Washington.

Primera impresión: ciudad casi sola, agradable, correcta, amplia, formada por eternas calles bordadas de árboles pálidos y susurrantes como los de los cementerios; un pavimento admirable de limpieza y de lisura; podría patinarse en él sin tropiezo durante una legua. Por entre las copas nerviosas y finas de los árboles se entreven largas series de casas, modestas en comparación de los gigantescos bloques de New-York, pero, al parecer, más cómodas, más sanas. De vez en cuando un severo y colosal convento de granito, un edificio público blanquecino y enorme, recuerdan al viajero que está en el país de las hiperbólicas dimensiones. ¡Oh! ¡qué ciudad tan simpática, tan triste!

Enferma, á pesar de su higiene, enferma de viruela negra. Hay en la Unión, según el censo de este año, 6.338,000 negros puros y 1.132,000 mestizos (mulatos, cuarterones, etc.), y aunque en 25 años la proporción de la gente de color respecto de los blancos haya bajado de 15 á 13 mil por cada 100,000 blancos, esto no quiere decir que los negros sean cada vez menos prolíficos, sino que la inmigración blanca ha superado á esa fuerza reproductiva. Sea lo que fuere, Washington es una de las capitales de la nación negra y eso la carga de sombra. El mulato de los hoteles de New-York, es limpio, elegante y simpático, con frecuencia; el negro de los hoteles de Washington es sucio y feo como un diablo de baja estofa. Pobre raza, apenas desprendida de la esclavitud, apenas en estado de oruga hace un tercio de siglo, la libertad ha hecho en ella un efecto singular parecido al del alcohol; en realidad no la ha hecho libre, sino insolente.

*

Instalados en nuestro hotel, que resultó ser una casa histórica (según nos dijo luego el Sr. Romero, que es la viva historia moderna de Washington) y después de ver al soslayo, en un extremo de la espléndida avenida de Pensilvania, la imponente masa del Capitolio, tomamos un carruaje y nos hicimos conducir á la

legación de México. Es una casa de serio y elegante aspecto, de color granítico y situada relativamente cerca de la *Casa Blanca* y de los Ministerios que la rodean. Todas las legaciones hacen la corte, y con mucha razón, más bien á la casa del Presidente que al Capitolio. El Sr. Romero no estaba en Washington, lo esperaban en la noche; el primer Secretario, mi buen amigo Miguel Covarrubias tampoco estaba, y sólo tuvimos el gusto de ver aquella tarde al joven secretario Plaza, hijo de aquel extraño poeta, popular en México hace algunos años, pesimista y ardiente, especie de Baudelaire inferior, apenas artista, pero intensa y amargamente sentimental. El joven Plaza se puso á nuestra disposición con exquisita cortesía, nos hizo recorrer en carruaje algunas de las principales calles, lo que es una delicia en un morir de tarde color de violeta como el de aquel día de Octubre, con un frío apenas molesto y sin viento ni tristeza, y sobre un pavimento sin un solo desnivel. Las casas se empinaban sombrías sobre los árboles que se desnudaban hoja por hoja para recibir en plena piel, el beso mortal de las nevadas próximas. La luz de los reverberos eléctricos dejaba las partes altas de esas casas y las caprichosas líneas de sus remates en una obscuridad azulosa como la del país de los ensueños; á mí me parecían una curiosa mezcla de palomares y órganos de iglesia, de abrumadoras proporciones.

Entregamos á nuestro cicerone, para que la pusiera en manos del Sr. Romero, la carta que para él me había enviado con su impecable cortesía el Sr. General Díaz, y en la que me parecía encontrar, no sin cierta flaca vanidad, algo más expresivo que las fórmulas usuales de la Secretaría del Presidente, que son conocidísimas en el mundo burocrático.

Llegó la noche, nos hicimos servir en el lujoso restaurant del hotel Raleigh una cena succulenta, dorada al margen por el bullicioso topacio de una champaña seca de alta marca y de un precio que me obligará á renunciar á ella como sucedánea del *agua delgada* en la capital azteca, y remolcados á todo humo por los opíparos puros que se pagaba mi casi imberbe primo, nos diri-

gimos al teatro, á un teatro que se llama de la *grande ópera* y que me pareció inferior á cualquiera de los de New York. La concurrencia vestía de cualquier modo; las señoras de los palcos estaban casi todas de sombrero, como en las tardes teatrales de México; entre ellas vimos algunas bonitas y bien puestas. Cierto es que aun no inauguraba la sociedad política y diplomática de Washington sus fastuosos inviernos.

Cuando ví por primera vez las deliciosas parodias en que Meilhac y Halevy pusieron en caricatura á Homero y los trágicos griegos, dorando esta píldora de arsénico, con la música endiabladamente joven y mal intencionada de Offembach, uno de los más simpáticos agentes del demonio en nuestro siglo, me creí obligado á protestar con melancólica solemnidad en nombre del arte eterno, aunque estudiante (digo, que á pesar de ser estudiante me creía facultado para hablar de cosas eternas). La verdad es que aquellas operetas me divertían ¡ay! furiosamente, y que hacía esfuerzos imposibles para disimularlo, por pura actitud. Llorábamos entonces la muerte de lo bello asesinado por la señorita Torreblanca que bailaba con unas piernas muy gordas un *cancán* muy azteca; el maestro Melesio Morales, transportando al tono menor la música misma de las cuadrillas cancanescas, componía la marcha fúnebre de la estética; dulce y elefantina como la estatua de Atena, la pobre Carolina Civili amenazaba á los sacrílegos con el puñal de Melpómene; Olavarría, que era en aquellos siglos un muchacho muy bonito, muy amable y muy entusiasta y candoroso (en esto último éramos gemelos), se batía con el barón, es decir con Gostkowski, que era el barón por antonomasia, porque aquél defendía la causa del llanto en el arte, y el barón la de la risa; y todos los *bohémios*—así nos llamábamos de orden de Pepe Cuellar y por odio á los filisteos—seguíamos en lúgubre teoría á nuestro ilustre maestro Altamirano, y exhalando unísonos lamentos de dolor literario, reproducíamos como simios, los gestos de indignación de nuestro amado corifeo. En el fondo esta comedia nos divertía mucho también.

En el escenario del gran teatro de Washington, se desarro-

llaba una parodia enorme, aplastante y sin pisca de gracia. 1492 se intitulaba; en ella, desde el sitio de Granada hasta el descubrimiento del parque Madisson en Nueva York por el genovés consabido, vimos una sucesión de cuadros estúpidos en el fondo y sumamente divertidos en la forma, si por *la forma* se entiende las decoraciones. La corte de los reyes católicos (hacía de reina Isabel un yankazo de veinte codos de altura, voz de escocés borracho y copioso bigote), era una especie de corte de los milagros: la reina aplanchaba los pantalones de Don Fernando, las princesas flirtaban con los militares, y Colón jugaba á la pelota con su mundo por descubrir; impagable resultaba el espectáculo á fuerza de ser idiota. Pero espléndidos trajes: ¡qué serpentenamiento de oro y luz en los telones, qué surtidores de agua tan bien iluminados, qué mágicas vistas de la Alhambra! Luego Colón emprende el viaje: la escena representa el mar inmenso; perdidas en él, como un triángulo volador de procelarias en la noche, las carabelas históricas; luego una lenta y pura aurora americana. . . . Realmente la ilusión era poderosa; caía el telón sobre el alma trémula de admiración y vibrante de recuerdo. . . . ¡Oh! sí el recuerdo de lo que no se ha visto, pero que ha sido, es el más conmovedor de los recuerdos! . . .

Después seguían escenas neo-yorquinas, en pleno mundo rateril; los timos ingeniosos de los pick-pockets formaban la substancia de todo aquello. Y se conocía que el público gozaba mucho; las mandíbulas de aquellas buenas gentes estaban animadas de un perpetuo y silencioso movimiento trepidatorio. Lo que más me gustó fué la parte negra de aquella monserga teatral; los bailes interminables de los negros, sus canciones monótonas, acaban por hipnotizar y por producir luego una dulce y sorda voluptuosidad que paraliza el espíritu y hace cosquillas como con una pluma suavísima, en todas las puntas y nudos del sistema nervioso. . . . Y en aquel sopor lánguido dominaba la voz opaca y ardiente y la ondulación de las formas de una mujer (una inglesa de carne opulenta y que debía de tener el microbio negro en la sangre) que cantaba, con un ritmo siempre igual, una

canción erótica en que había arrullos de paloma y rugidos aterciopelados de pantera en noche de luna. Temo que la Academia se escandalice con estos adjetivos y me excomulgue. ¡Oh! ¡sí, lo temo!

*

En esta estación del año aun no están plenamente preparados los hoteles para el servicio de invierno y suele hacer bastante frío en las mañanas, á pesar de las espesas mantas. Aconsejo en este caso hacer lo que yo hice en Washington: prepararse un baño semi-caliente y sumergirse en él hasta la venida del sol; tomar entonces un buen almuerzo é ir á pie por aquellas amplias avenidas, contemplando los medianamente ricos aparadores que dan á Washington el aspecto de una ciudad de provincia, comparándola con Nueva York ó Filadelfia, hasta la Legación de México. Esta última parte del consejo puede suprimirse naturalmente; yo no hubiera, por ningún motivo, prescindido de esta excursión; D. Matías Romero es el hombre que oculta mayor dosis de amabilidad bajo su cetrina y velluda corteza de cuáquero melancólico. Muy bueno, excelente hombre; por desgracia trabaja tanto con la cabeza como con los piés, es decir, indefinidamente. Había llegado de Filadelfia hacía algunas horas; después ó antes de tomar su ducha había jugado á la pelota, él solo, en una sala *ad hoc*; luego había firmado y revisado cien documentos, la mayor parte redactados por él, los más largos, porque el Sr. Romero plumea indefinidamente también: es el hombre más liberal de la tierra, porque no tiene la noción del límite; todos sus informes son opúsculos, todos sus opúsculos son libros, todas sus memorias son bibliotecas; es un Tostado: nadie lo lee sin fatiga, nadie lo lee sin provecho. Nos abrazamos y, sin sentarnos, sin rérnos (yo descanso de una caminata de una legua con una risada de seis minutos) tomamos el camino de la Tesorería al paso menudo y rápido del Sr. D. Matías.

Grandioso pórtico, de dórico severo; columnas, arquivadas, escalinatas, formadas de enormes bloques de piedra blanquiz-

ca, monolíticos. Entramos, saludamos á los jefes principales de la oficina, que todos tratan á Mr. Romero con afecto respetuoso, como á persona de la casa, y provistos de uno de estos amables funcionarios, bajamos por un descensor á los sótanos, iluminados perfectamente *à giorno* por focos de luz incandescente día y noche. Allí, en departamentos de acero, admirablemente distribuídos y cerrados por alambrados, que no es posible atacar ni abrir sin poner en movimiento una serie de juegos de campanas eléctricas, yacen centenares de millones de valores: garantías de Bancos, billetes del Tesoro, barras de oro y plata, etc. Tanto es lo allí aglomerado, que ni codicia despierta, está por encima de cualquier ensueño de poeta ambicioso de riquezas, aun cuando tenga la imaginación y el apetito á altísima presión, aun cuando crea posible caer al mar envuelto en un saco de muerte y emerger de allí convertido en Montecristo. . . . Esta indiferencia sublime ante aquella serranía de dinero, me dió buena idea de mí mismo.

Y esta buena idea subió de punto en el momento en que uno de los jefes de aquellas opulentísimas oficinas puso en mis manos un paquete de billetes (dos ó trescientos mil pesos) y me invitó á destruirlos por un solo golpe de palanca en una finísima prensa de acero; lo que hice concienzudamente. Pocos hombres han de haber aniquilado tamaña fortuna, con tanta rapidez y tan poca emoción como yo.—Lo admirable en estas gigantescas bombas de aspirar y arrojar dinero en todo el sistema circulatorio de la Federación, es lo bien que en ellas se ha distribuído el trabajo. Hay una sección destinada al sello de billetes desempeñado por mujeres, que es una maravilla de orden y destreza; pero el más curioso de todos es el departamento en que se cambian billetes viejos ó estropeados por nuevos; todo aquel que quiere cambiar sus billetes por nuevos, los envía al Tesoro, que, sin gasto alguno para el remitente, hace el cambio. «La Federación desea que su papel sea siempre limpio y entero» nos decía el Tesorero. La sagacidad desplegada por las señoras encargadas de revisar los billetes enviados, no sólo para averiguar si son ó no falsos, sino

para restaurarlos, porque muchas veces vienen en fragmentos minúsculos ó quemados, y, para leer en ellos su valor real, es igual, algunas veces, á la que puede desplegar un paleontologista para restaurar el esqueleto de un paquidermo antidiluviano con sólo el examen de un molar ó de un fragmento de tibia fósiles.

*

En los otros ángulos del bonito parque que ciñe la casa de los Presidentes, blanquísima realmente, la famosa *Casa Blanca*, se elevan los ministerios de Estado (relaciones) y de guerra; los visitamos de prisa, jadeando en pos de nuestro infatigable D. Matías. Nada de particular tienen ó nada de particular vimos en ellos; el despacho del Ministro de la guerra, con unos retratos de Washington y del general Grant entre banderitas, nos pareció *cursi*; la biblioteca del Ministerio de Estado, está admirablemente instalada; allí se muestran autógrafos, piadosamente conservados, de los fundadores de la Unión y, entre otras curiosidades, un colmillo de elefante regalado en prenda de paz al Presidente Cleveland, por un jefe africano. En la casa del Presidente recorrimos las elegantes, aunque no lujosas, galerías laterales y, si nuestra permanencia en Washington se hubiese prolongado, habríamos tenido el gusto de ver á Mr. Cleveland, que en aquellos momentos había salido de la ciudad; yo que me había propuesto no hacer este viaje para observar, sino para recibir sensaciones, sentí no haber visto á la bella y distinguidísima Sra. Cleveland.

La Sra. de Romero nos recibió á su mesa en la noche. La esposa del ministro ha pasado, en los últimos años, por graves enfermedades y, por eso, no es ya aquella deliciosa joven, fresca y alegre como una flor de primavera, que fué encanto de la sociedad mexicana en los años que siguieron inmediatamente á la restauración de la República; pero bella aún y elegante y distinguida como pocas, la Sra. de Romero, en un castellano un tanto breve y condensado, si muy correcto, hace con tan exquisita amabilidad los honores de la casa de México en Washington, que allí

las horas pasan rápidas, y en la despedida tiembla siempre una nota sorda de emoción y de tristeza.

Tuvimos el gusto de ver en la tertulia de nuestro ministro al Sr. Foster, antiguo plenipotenciario de los Estados Unidos en México y en España, legista y político eminente, que descansaba en Washington de su viaje á China y al Japón, en donde asesoró á Li-Hung-Chang, en los tratados de paz celebrados entre las dos potencias; labor considerable que acababa de ser remunerada con 250 ó 300 mil pesos. El señor y la señora de Foster recuerdan mucho á México, y si no fuera porque tienen deseos de descansar un poco, después de haber dado tres veces la vuelta al mundo, irían á pasar un invierno á nuestro país.

Salimos encantados de la legación cuando mediaba la noche, y departimos por aquellas magníficas calles de Washington con algunos paisanos nuestros y dos ó tres caballeros americanos; la noche estaba tibia y serena, y yo agobiado de recuerdos de mi padre que, hacía cincuenta años había hecho iguales paseos, que describe en su viaje, por esta misma avenida de Pensilvania.